

January 2014

Construcción de cultura de paz en América Latina desde la educación superior

Luisa Fernanda Gualy

Universidad Nacional de Colombia, luisa.gualy@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Gualy, L. F. (2014). Construcción de cultura de paz en América Latina desde la educación superior. *Revista de la Universidad de La Salle*, (65), 51-84.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Construcción de cultura de paz en América Latina desde la educación superior

Luisa Fernanda Gualy*

■ Resumen

El presente trabajo se centra en un tema que cobra gran importancia en nuestra coyuntura: la paz y los medios para construirla. La propuesta consiste en una herramienta de análisis para acercarse a la construcción de una cultura de paz desde la educación superior, en el nivel de maestría, en las facultades o escuelas de ciencia política y estudios políticos en las universidades de la ciudad de Bogotá. La construcción de una cultura de paz propia latinoamericana es una necesidad imperiosa y es ahora cuando debe plantearse la discusión de cómo lograr la paz desde un cambio cultural propio en América Latina. Por consiguiente, este trabajo busca acercarse a la respuesta de la siguiente pregunta de investigación: “¿de qué manera se puede promover desde la educación superior la construcción de una cultura de paz en América Latina y hasta qué punto se puede considerar esta una construcción propia para la región?”. El análisis se hará teniendo en cuenta las concepciones generales y actuales de cultura de paz.

Palabras clave: cultura de paz, educación, estudios políticos, ciencia política, currículo oculto.

* Economista, Universidad del Rosario; Magíster en Estudios Políticos Latinoamericanos, Universidad Nacional de Colombia. Docente universitaria. Correo electrónico: luisa.gualy@gmail.com

Introducción

La concepción de América Latina se ha determinado e interpretado desde distintas perspectivas. Algunos autores la han definido como el producto de distintas relaciones de dominación. Otros como una unión de culturas que, a pesar de ser diferentes, comparten elementos que les permiten identificarse entre sí, así como una realidad histórica conjunta y un deseo de resistencia ante poderes imperiales y colonizadores. Por otra parte, se considera a América Latina como una región donde el proceso de transculturación es producto de un mestizaje que absorbió las culturas existentes para imponer otra. En ese sentido, el trabajo buscará acercarse a la respuesta de la siguiente pregunta de investigación: ¿de qué manera se puede promover desde la educación superior la construcción de una cultura de paz en América Latina y hasta qué punto se puede considerar esta una construcción propia para la región?

Todas estas representaciones de América Latina convergen en mostrar cómo, desde la Colonia, en América hubo un proceso de interacción mutua, pero no necesariamente equivalente. Por cuenta de este pasado histórico, indigno si se quiere, ajeno a la realidad social, el pensamiento latinoamericano ha tenido siempre una alta carga política, de carácter contrahegemónico, de confrontación, desalienador y humanístico.¹

Como señala Guadarrama (2006), los valores de la cultura latinoamericana han caracterizado a sus pueblos por la búsqueda de consolidación de su independencia política. Por esto, sin negar la importancia global del pensamiento generado desde otras culturas alrededor del mundo sobre distintos temas, es necesaria la identificación de una realidad propia desde y para América Latina. La academia latinoamericana debe tener en cuenta su propia historia y sus características peculiares diferenciadoras para poder plantear soluciones específicas a los problemas concernientes y, de la misma manera, tomar las riendas de la historia, redefiniendo el papel de América Latina en el funcionamiento global desde una visión propia del mundo.

¹ Sin referirse a estos elementos como características exclusivas latinoamericanas.

Este trabajo busca aproximarse a un tema que cobra gran importancia y vigencia en la coyuntura latinoamericana y global: la construcción de una cultura de paz. Se reconoce la presencia de altos niveles de violencia, de todo tipo, asentados fuertemente en las sociedades latinoamericanas, y la necesidad urgente que existe de formular y gestionar un cambio inmediatamente.² Una cultura de paz permitirá la construcción de paz duradera y sostenible. En este estudio, el cambio hacia una cultura de paz desde todas las esferas sociales, se enfocará en el ámbito de la educación superior en los estudios políticos,³ priorizando la necesidad que existe desde los contextos educativos de cambiar nuestras realidades sociales.

Llamado a la construcción de cultura de paz en América Latina

Es necesario, primordialmente, reconocer las especificidades y la pluralidad de América Latina, así como su configuración como unidad concreta de análisis y los alcances de esta noción, con el fin de proponer un concepto de *cultura de paz* desde realidades y definiciones propias. ¿Puede hablarse entonces de la construcción de una cultura de paz propia latinoamericana? Sí. No solo es posible, sino que, como ya se enfatizó, es una necesidad ineluctable. A pesar de las diferencias entre las distintas culturas que componen América Latina, los elementos que la hacen única deben ser tenidos en cuenta para estimular la gestación de nuevas corrientes de pensamiento que analicen los problemas que enfrenta la región, como el arraigo de la violencia cultural en el marco de un mundo globalizado. Se deben considerar los diferentes pensamientos, que no son solo los europeos, de manera multidireccional, dejando que el pensamiento y las concepciones propias latinoamericanas se reproduzcan en un espacio que sea respetado.

² Más adelante se ofrecerá detalladamente la tipología de la violencia por tener en cuenta en este trabajo.

³ El estudio se hace desde los estudios políticos y la ciencia política sin distinción. Se entiende que la ciencia política está contenida en los estudios políticos, donde también se incluyen temáticas como la filosofía política, la economía política, la ética política, el pensamiento político, entre otros. Así pues, cuando en el estudio se hace referencia a la ciencia política, se le otorga un valor más amplio, alejándose de los aislamientos en los que a veces se incurre cuando se habla desde la disciplina.

Es entonces hora de pensar desde América Latina en una filosofía de la paz, de la no-violencia, en la configuración de una cultura que no legitime ni la violencia, ni la indiferencia. Es vital que tomen fuerza en la región los intentos por construir cultura de paz, cuyo núcleo sea la capacidad de diferenciar el conflicto de la violencia. Una cultura de paz en donde sea posible aceptar que la solución a los conflictos puede hacerse —y es incluso más efectiva— desde la no-violencia, cuyas características principales vayan de la mano con la realidad latinoamericana, sus necesidades y especificidades.

Reiterando, en el espacio latinoamericano debemos dejar que el pensamiento se genere, para que realmente pueda alcanzar todos sus niveles de pertinencia y autenticidad. El reto es, por tanto, identificar cuáles son los mecanismos con los que contamos en la región a nuestro favor para la construcción de una cultura de paz, de qué manera podemos cambiar las aproximaciones a los conflictos. Es importante que todos hablemos un mismo idioma frente a las necesidades de nuestra cultura y sus apreciaciones acerca de la paz y la violencia.

Conceptos como *cultura de paz*, *transformación de conflictos*, *no-violencia*, *respeto al otro*, *convivencia de culturas*, entre otros, deben ser discutidos entre los gobiernos latinoamericanos y sus distintas poblaciones en un ambiente de diálogo y de concertación. Se deben utilizar las herramientas necesarias para hacer cambios desde las políticas estatales que permitan un viraje significativo en la cultura de la paz, lo que crearía un nuevo sentido de cultura y legitimidades. Es ahora cuando debe plantearse la discusión de cómo lograr la paz desde un cambio cultural propio en América Latina.

Educación y academia

Este cambio cultural puede darse dentro de la perspectiva educativa. Por eso, este trabajo propone un modelo que permitirá el análisis y creación de un cambio a través de la instauración de una cultura de paz por medio de una de las herramientas más efectivas en una sociedad: la educación. Así, se resalta en este trabajo la educación para la paz en el continente latinoamericano como obligación social. En el campo de la docencia latinoamericana, es necesario e

inaplazable el planteamiento de temas de paz, de respeto y promoción de los derechos humanos (DD. HH.).

El análisis se hará teniendo en cuenta las concepciones generales y actuales de *cultura de paz*, haciendo en primer lugar un breve acercamiento a lo que se entiende por *cultura* y por *paz*, para de esta manera poder entender si desde las especificidades de América Latina se propone o no una cultura de paz propia de y para la región. El estudio se referirá a la educación superior haciendo especial énfasis en los estudios de maestría, teniendo en cuenta que son los adultos quienes toman las decisiones en el presente, afectando la realidad inmediata y sentando las bases para transformaciones a largo plazo. Del mismo modo, así como la educación superior tiene como objetivo formar pensadores críticos e independientes, en este estudio se propondrá el papel de la educación superior también en la estructuración de seres no-violentos que hagan uso creativo de las capacidades y habilidades aprendidas en la instauración de una nueva realidad, donde existan métodos de paz y no-violencia para la transformación de conflictos.

Teniendo en cuenta que la cultura de paz es interdisciplinar y transdisciplinaria, es difícil excluir alguna ciencia o profesión de la responsabilidad de su construcción; pero mayor responsabilidad tienen las ciencias y estudios que buscan generar pensamiento crítico en sus estudiantes, modificando su accionar político. Así, los estudios políticos forman el pensamiento de los estudiantes, que a su vez son seres políticos en la sociedad.

Por lo anterior, en aras de resaltar la importancia de los individuos en la construcción de paz a través de su accionar político, este estudio se limitará a los programas en ciencia política o estudios políticos, dejando claro así la necesidad de reflexionar seriamente el papel de la academia en la construcción de la paz. La academia latinoamericana debe reconocer, hoy, su sentido político (en el sentido filosófico), y su posición normativa. Desde esta se estudian los distintos conflictos sociales y se proponen posibles soluciones que desde el campo de la acción política tal vez no sean claras. Es labor de la academia fomentar desde

su núcleo la construcción de paz, para aportar a esta de manera responsable y crítica.⁴

Por lo tanto, prevalece la importancia de retomar los estudios sobre los diferentes tipos de violencia que afectan la región (política, simbólica, cultural, etcétera), ir más allá del estudio de la violencia física. Es necesario hacer un ejercicio académico juicioso acerca de qué es la paz y qué es la violencia. No se puede pensar más desde la academia que la violencia es cualquier cosa abstracta y que la paz es algo que se lee en un folleto de iglesia. Como dijo Jordi Cussó Porredón, el presidente de la Fundación Carta de la Paz dirigida a la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en el acto de inauguración del II Congreso Edificar la Paz en el Siglo XXI, llevado a cabo en Bogotá, Colombia (septiembre del 2014): “La paz es un tema transversal de la Universidad y juega un papel fundamental”. Entonces, se expondrá de qué manera la academia desde los estudios políticos puede ayudar a que los estudiantes influyan en el pensamiento político latinoamericano, actúen contra la indiferencia y por el cambio en la realidad social desde una perspectiva de paz. Esto se realizará desde una perspectiva curricular.

Visiones desde la teoría

Paz y violencia

Con el fin de elaborar un aparato conceptual acorde con el objetivo de este escrito, es preciso hacer primero una breve descripción del origen de la palabra *paz* y del desarrollo que ha tenido en el tiempo para saber qué caracteriza este concepto. A lo largo de la historia el significado de *paz* ha ido evolucionando, pasando por distintas perspectivas, desde la noción de *paz colectiva*, como señala Mario Ramírez-Orozco (2012), que denota la incapacidad de determinadas comunidades o individuos de hacer daño a otros por cuenta de conciliaciones que se llevan a cabo para asegurar la supervivencia, hasta nue-

⁴ Se reconoce que la academia no se compone solamente de la Universidad, sino de otras organizaciones de educación generadoras de conocimiento, como los institutos, los centros de pensamiento, los *think tanks*, entre otros. No obstante, por el carácter de este estudio se hará referencia al término *academia* para referirse a la Universidad, sobre todo, y a sus docentes e investigadores.

vos conceptos de paz que se empezaron a generar desde el nacimiento del derecho, por cuanto este se constituiría como una herramienta para concertar la convivencia y el respeto, y en la modernidad, desde donde se empieza a entender la complejidad que comporta el concepto de *paz*.

Bien señala Lederach (2000) que el origen epistemológico de la palabra proviene de la influencia grecorromana: del griego *eirene* y del latín *pax*. El griego *eirene* aludía a la armonía del espíritu y de la mente del ser humano en la constante búsqueda de la perfección, era una armonía que representaba el orden interior, era así un sinónimo de la palabra *homonía* (de donde proviene la palabra *armonía*) que era utilizada para referirse a la ausencia de hostilidades dentro de las ciudades o entre estas. Más específicamente, *homonía* era una palabra utilizada para hacer referencia a la interacción no-violenta entre los griegos y los bárbaros. Esta connotación de *paz* era negativa por cuanto se refería a la paz como la ausencia de situaciones de guerra; sin embargo, también tenía en cuenta un aspecto positivo que era la búsqueda de la tranquilidad mental en aras de alcanzar la perfección espiritual.⁵ Ahora bien, el término latino *pax* hacía referencia a la "relación legal y recíproca entre partidos". Por lo tanto, esta noción se acercaba más al respeto por el orden establecido, con una gran carga social y política que llevaba a describir situaciones de orden y unidad dentro de las ciudades.

A lo largo de la historia, el concepto de *paz* ha ido evolucionando (Muñoz, 2007), y hoy en día la concepción de *paz*, popularmente, tiene muchas contradicciones, al tiempo que se caracteriza por ser visualizada como algo imaginario e inalcanzable por algunos sectores de la sociedad, y en ocasiones, incluso en la academia, se considera que la violencia es inherente a la naturaleza del ser humano.⁶ La paz es percibida como felicidad, tranquilidad, serenidad interior, de manera personal o en un contexto más amplio.

⁵ El concepto de *guerra* en esta investigación se entenderá como una forma de violencia organizada, más no la violencia en sí misma.

⁶ En este trabajo se refuta esta percepción y, por el contrario, se afirma que, si bien el conflicto es inherente al ser humano, la violencia como respuesta a dicho conflicto no lo es. Se considera que, en la naturaleza del ser humano, las reacciones violentas a los conflictos son una construcción cultural que puede, por lo tanto, ser cambiada.

Adicionalmente, el teórico contemporáneo de la paz Johan Galtung (1996) ha delimitado el concepto de *paz* desde dos perspectivas, una desde la violencia y otra desde el conflicto. La primera interpreta la paz solamente como la ausencia de guerra o violencia, o como la ausencia de circunstancias que llevan al rompimiento de la tranquilidad, ya sea en términos políticos, sociales, económicos o ambientales. La segunda perspectiva propone que la *paz* es la utilización de métodos no-violentos para solucionar distinto tipo de conflictos utilizando la creatividad. Ambas maneras de definir la *paz* provienen de un concepto de *paz negativa*, por cuanto surgen de la existencia de violencia o de conflictos como origen de la paz, y no se enfocan en el origen de la paz en sí misma.⁷

Cuando se analiza la paz desde un matiz negativo, se pone el relieve en las teorías explicativas del origen de la violencia y de los conflictos para ponerle fin. En cuanto a la paz y la violencia, por ejemplo, Galtung (1996) identifica distintos espacios donde estas se desarrollan: la naturaleza, la persona, la sociedad (o lo social), el mundo (en el ámbito geográfico), la cultura y el tiempo. Estos espacios son divididos asimismo en distintas subcategorías de donde surgen diferentes tipologías de la violencia, de acuerdo con los distintos análisis de la realidad.⁸

Entonces, Galtung (1996) clasifica la violencia como *violencia natural*, cuyo origen es la naturaleza y es involuntaria; la *violencia de actor* o *violencia directa*, que es intencionada de manera verbal o física y se desarrolla en el plano personal, social y mundial por medio de actos específicos desde lo individual o lo colectivo; la *violencia estructural* o *violencia indirecta*, que se construye desde los espacios personales, sociales o temporales (por ejemplo, la violencia política, represiva, económica o de explotación); la *violencia cultural*, aquella que legitima la violencia directa o indirecta, o motiva a ignorar la violencia indirecta

⁷ Los investigadores para la paz han definido la *paz negativa* como la ausencia de violencia, esta perspectiva se relaciona estrechamente con una condición del ser humano condenado a la violencia, que según Muñoz y Molina (2004), se trata de un modelo judeocristiano y hobbesiano. Por lo tanto, bajo la perspectiva de la paz negativa, frenar la violencia se vuelve la preocupación principal.

⁸ En un recorrido breve por las subcategorías de Galtung (1996), la naturaleza se subdivide en los seres humanos, los animales, las plantas, los microorganismos y virus; la persona se subdivide en necesidades para la supervivencia, bien vivir, libertad e identidad; la sociedad, en ecologismo, género, generación, etnia, clase, nación, entre otros; el mundo, en estados, sociedad civil y gente; la cultura, en culturas bloque, por ejemplo, occidental, india, budista, nipona, etcétera; el tiempo como intratiempo y como intertiempo.

o promueve la violencia directa, esta puede ser intencionada o no intencionada (a partir de la religión, la ley, ideologías, lenguas, artes, ciencia, cosmología, entre otras); y, por último, se encuentra la *violencia temporal*, que representa los impactos agresivos en las futuras generaciones.⁹ En este mismo sentido, Francisco Muñoz y Beatriz Molina (2004) coinciden con Galtung al afirmar que hay distintas formas de violencia, así como espacios de potencialidad y desarrollo humano.

En cuanto a la tipología de la paz, Galtung (1996) define cinco tipos de paz diferentes: la *paz negativa*, que, como se definió anteriormente, es la ausencia de cualquier tipo de violencia; la *paz natural*, en cuanto a la convivencia de las especies de manera cooperativa y sin conflictos; la *paz positiva directa*, definida como la bondad, física y verbal; la *paz positiva estructural*, la sustitución de las condiciones de violencia estructural por valores como la integración, la solidaridad, la libertad, etcétera; y, finalmente, la *paz positiva cultural*, que es la sustitución de la legitimación de la violencia cultural por la legitimación de métodos pacíficos.¹⁰

Distintos autores se han acogido al término *paz estructural*, opuesto al de *violencia estructural*, puesto que no puede existir armonía y tranquilidad en situaciones de pobreza, desigualdad, represión y alienación, entre otros. Salguero y Seva (2003) coinciden con la organización Solidaridad para el Desarrollo y la Paz (Sodepaz), de Madrid, al recoger estos mismos elementos en su propia definición de *paz positiva*. Esta incluye elementos que la hacen un proceso dinámico y permanente, dentro de una estructura social justa y de violencia reducida, en donde existe igualdad y reciprocidad en las relaciones entre individuos. De la misma manera, dicha paz afecta todas las dimensiones de la vida más allá de la política internacional y los Estados, e implica tener en cuenta los conceptos de *desarrollo* y *DD. HH.* Ahora bien, para Webel y Galtung, la paz

⁹ Un ejemplo de esto es la violencia de Estado cuando priva de la libertad a un sujeto, por cuanto este tipo de violencia proviene del sistema (Galtung, 1996).

¹⁰ Si bien esta perspectiva de Galtung frente al conflicto puede tener una connotación negativa, el autor cree y defiende las capacidades positivas del conflicto y sus beneficios en la construcción de la paz.

en su sentido más progresivo y dialéctico, "denota la autodeterminación activa, individual o colectiva, y un empoderamiento emancipatorio" (2007, p. 8).

La *paz* se puede entender, entonces, de distintas maneras. Sin embargo, existe la noción de que esta es un concepto con alto grado de complejidad que está compuesto de distintos factores, entre los cuales se destacan, pero no por eso son los únicos importantes, la solidaridad, la cooperación, la armonía y la conservación del orden, la democracia y los DD. HH., el empoderamiento y la emancipación, el reconocimiento de las situaciones de desigualdad y de los conflictos, la búsqueda de soluciones distintas a las soluciones violentas, la armonía interior y el equilibrio mental y espiritual, el equilibrio en la vida política, económica y social de las diferentes naciones y dentro de estas, y la relación armoniosa con el medio ambiente y los recursos naturales.

Al respecto de estos valores, Vincenç Fisas (1998) señala que la sociedad aún los interpreta con una connotación de debilidad, y valora por encima de estos, valores de guerra y militarismo, así como los valores de la agresividad, la competencia y el progreso científico. Por lo tanto, en la sociedad impera la violencia cultural, y en los estudios e investigación para la paz, incluso desde las definiciones de Galtung, la paz sigue siendo vista desde su concepción negativa pues no se considera como positiva en sí misma.

El concepto de *paz* se enfrenta, pues, con el concepto de *violencia* (este no se debe confundir con el concepto de *conflicto*, ni con el de *lucha*, pues puede haber lucha no-violenta y conflictos que desemboquen en métodos no-violentos). Existen perspectivas que se alejan de la percepción destructiva de la violencia. Como denota José María Barrio Maestre (1997), la violencia no insinúa un concepto despreciativo. Para este autor, la violencia ayuda a la conservación y la perturbación del orden social a la vez, y cualquier manera en la que se ejerza una energía o fuerza alude directamente al significado etimológico de la palabra.

En este sentido muestra su descontento frente a la deslegitimación de todos los tipos de violencia que se origina desde los estudiosos de la paz. Muy al contra-

rio de esta definición de violencia, se encuentra Fisas (1998), para quien, la potencialidad de la violencia es también una forma de violencia en sí misma. Para este autor la violencia es “el uso o amenaza de uso de la fuerza o de potencia, abierta u oculta, con la finalidad de obtener de uno o varios individuos algo que no consienten libremente, o de hacerles algún tipo de mal [...]” (Fisas, 1998, p. 22). Battelheim (1982), por su parte, entiende la *violencia* como la manera de actuar de un individuo que no imagina otra posible solución a un problema.

Como se observa, la paz, al igual que la violencia, no es un tipo de actuar determinado necesariamente. Esta investigación tratará el concepto *paz* desde su interpretación positiva, como un estado dinámico de las cosas en donde cada individuo alcanza su máximo poder de realización. Esto se aleja, por mucho, de la concepción errónea según la cual, la paz se asocia con la pasividad o con la inexistencia de conflictos. Por el contrario, la paz tiene que ver con la realización de que existen métodos creativos no-violentos que se pueden aplicar en la solución y transformación de dichos conflictos.

Así, la investigación acoge también las ideas de Galtung y de Fisas en cuanto a la paz y a la violencia. Según las distintas categorías planteadas por estos autores alrededor de la violencia, en el trabajo de investigación se entenderá por esta la acción que surge del desconocimiento de otra manera de actuar diferente y que se ve reflejada en las distintas categorías descritas por Galtung mencionadas más arriba.

Conflicto y no-violencia

Se ha traído a colación hasta el momento la palabra *conflicto* repetidas veces, lo cual hace necesario un breve análisis de las tesis que giran a su alrededor y su definición dentro del ámbito que le compete a la investigación. El *conflicto* en palabras de la antropóloga Flor Alba Romero es:

[...] la confrontación de ideas, el encuentro entre dos posiciones que manejan criterios distintos frente a una misma problemática. Es una tensión en la relación social e interpersonal generada por una diferencia de intereses. Los encuentros entre dos

o más personas siempre estarán cargados de puntos de divergencia, los cuales son espacios que implican salir de una zona de comodidad a una zona de riesgo, pero ofrecen una oportunidad excelente para la construcción de nuevos aprendizajes. (2011, p.13)

Este representa, entonces, situaciones de la vida en donde se contraponen distintos intereses, criterios e ideas. La conceptualización que se hace de este término ha dejado de tener una connotación negativa. Este ha pasado a ser reconocido como un “trampolín para el desarrollo”, desde el cual se da pie a la transformación social.¹¹ Si este evoluciona creativamente y se recurre a métodos no-violentos (Galtung, 2004), el conflicto, como expresión de la diversidad, no tiene por qué resultar en violencia, por el contrario, se convierte en oportunidad para hacer de este algo productivo.

El nexo entre el conflicto y la no-violencia es obvio. Cabe entonces hacer un breve acercamiento a esta noción. La no-violencia ha tenido, al igual que la paz, varias interpretaciones erróneas que la asocian con la debilidad, la cobardía y el miedo. No obstante, la actitud no-violenta implica ser activo y demanda mucha valentía, incluso más que la violencia (Patfoort, 2004). Además, implica reconocer los actos de violencia propios y evitar caer en su justificación. Es más, la no-violencia es una modalidad de la acción política que se fundamenta en principios como la desobediencia, la palabra, la acción directa disruptiva, la negociación, entre otros.

Para Freddy Cante (2007), existen dos tipos de acción política no-violenta: a) la que se basa en el principio de cooperación consciente y consistente y b) aquella que es estratégica. La primera hace hincapié en individuos no-violentos incondicionales, es decir, personas que se rigen bajo los principios de “conversión y argumentación; [...] superación de la lógica de la retaliación (ojo por ojo, diente por diente) y de la reciprocidad [...] suficiente disciplina para superar emociones como el miedo y la fuerte convicción (incluso fe) para estar dispuestos a entregarlo todo, incluso la vida” (Cante, 2007, p. 15).

¹¹ Retomando los planteamientos de Vincenc Fisas (2002).

Representantes de este tipo de acción política no-violenta serían, de acuerdo con el autor, Jesús, Martin Luther King Jr. y Gandhi. La segunda tiene que ver más con el cálculo y la planeación para lograr un objetivo, así como con compromisos tomados previamente con el fin de alcanzar el éxito.

Más aún, la acción política no-violenta es una forma efectiva para alcanzar el poder político sin utilizar métodos violentos y así alcanzar determinados objetivos.¹² Después de todo, según Srdja Popovic, Andrej Milivojevic y Slobodan DjinoVIC, “el corazón del poder político es la obediencia” (2009, p. 36). Esta visión implica entender el poder político como el canal a través del cual se implementan las reformas sociales necesarias y se alcanzan las reivindicaciones de distintos grupos de la sociedad. Efectivamente, queda contemplado en Popovic et al.: “No podemos cambiar la sociedad sin el poder político que se necesita para implementar nuestras reformas” (2009, p. 27). En síntesis, la acción política no-violenta no lucha simplemente por ideas, sino por su materialización.

Cultura, ese término tan ambiguo

Con lo que se ha dicho hasta aquí, es necesario, para darle forma al significado de *cultura de paz*, hacer una breve recapitulación teórica respecto a la pregunta ¿qué es cultura? En primera instancia, la cultura desempeña un papel muy importante en conjunto con el pensamiento político y la ideología. Según Guadarrama (2006), la historia y los vínculos identitarios y de pertenencia definen la cultura de los seres humanos, por cuanto la cultura mide el grado de control de la humanidad sobre su existencia y desarrollo en un periodo determinado. En concreto, existe una relación bilateral entre cultura e ideología, pues la ideología nos considera parte de un ideario político, religioso, etcétera. Estos idearios forman nuestra cultura, al mismo tiempo que nuestra ideología determina nuestro actuar político.

¹² En este trabajo nos acogemos a la visión de la necesidad de poder político del Estado para alcanzar las reformas necesarias, en donde la desobediencia es uno de los pilares fundamentales, como forma no-violenta para generar el cambio.

Dicho lo anterior, podemos darnos cuenta de que la cultura es una construcción grupal, pero es asimismo bilateral; la sociedad plantea las normas culturales en las que el individuo se desenvuelve, pero también el individuo cambia dichas pautas mediante su propio comportamiento frente a situaciones y circunstancias propias de la sociedad donde se desenvuelve. Por esta razón, la cultura es algo que se aprende y se desaprende. En este mismo sentido, Isabel Aguilar define el concepto de *cultura* como la “apropiación material y espiritual que hacen los seres humanos grupalmente vinculados, en determinado tiempo y espacio” (2009, p. 2). Así es como la cotidianidad y la convivencia de los individuos en una comunidad hace parte y a su vez determina una cultura donde se legitiman ciertos comportamientos y actitudes frente a distintas situaciones.

En segunda instancia, la especificidad de cada cultura, determinada por su temporalidad y espacialidad, no la hace ajena a otras culturas. De hecho, según nos recuerda Guadarrama (2006), el hecho de que los pueblos aprendan unos de otros, tiene una gran relevancia en el desarrollo de la cultura. La cultura se trata también de una herramienta en contra de la enajenación de los pueblos y comunidades, por cuanto se construye de una identidad propia que se fortalece en medio de otras identidades diferentes que fortalecen su peculiaridad singular entre sí. Por eso, los mejores valores culturales se deben internacionalizar para que los seres humanos de distintos tiempos y espacios alcancen mayores niveles de realización cultural gracias al aprendizaje mutuo.¹³ Esta es, después de todo, una de las funciones primordiales del ser humano: el perfeccionamiento en pro de sí mismo, filosóficamente hablando.

Cultura de paz

En consonancia con lo anterior, al hablar de *cultura de paz* se podría asumir la existencia de una cultura de la violencia, pero en este análisis se acoge el término de Johan Galtung, *violencia cultural*.¹⁴ Esto quiere decir, como se señaló

¹³ Acogiendo el pensamiento de Pablo Guadarrama.

¹⁴ En este estudio haremos referencia al concepto de *violencia cultural* de Johan Galtung (1996) y no de *cultura de violencia*, teniendo en cuenta la definición de cultura hecha por Guadarrama (2006). Sin embargo, no podemos

que a través de la cultura se justifica la violencia directa y la violencia estructural. Víctor Moncayo definió la *violencia social* y, de modo parecido, Aguilar (2009) habla de la existencia de una violencia cultural en las sociedades actuales. Afirma que la convivencia, hoy en día, está marcada por un engranaje de estructuras generales e individuales de la violencia.

Los individuos tienen un acceso cotidiano a esta, ya sea mediante los medios de comunicación, los videojuegos, los malos tratos intrafamiliares, etcétera, y esto ha llevado a su naturalización. Esto crea indiferencia en lugar de temor y hace que se reconozca el actuar violento como el orden natural de las cosas, frente a algún tipo de situación que necesite resolverse.¹⁵ Por eso, esta internalización del comportamiento violento y la percepción del mundo en cuanto a la violencia como respuesta de los individuos frente a determinadas circunstancias, representan la violencia cultural. Aquella que legitima los patrones de acciones de naturaleza violenta como mecanismos comúnmente aceptados y empleados en la solución y el mantenimiento de cualquier conflicto (Aguilar, 2009).

Fisas (1998) identifica diez factores principales en donde se puede ver la honda huella de la violencia cultural en nuestra civilización. Estos son, a saber: el patriarcado y la mística de la masculinidad; la búsqueda del liderazgo; el poder y el dominio; la incapacidad para resolver los conflictos de manera pacífica; el economicismo que genera desintegración social y su principio de competitividad; el militarismo y el monopolio de la violencia de los Estados; los intereses de las grandes potencias; las interpretaciones religiosas, desde las cuales se permite matar, discriminar o atacar a otras personas; las ideologías exclusivistas; el etnocentrismo y la ignorancia cultural; la deshumanización; las estructuras que reproducen la injusticia; y la falta de oportunidades y participación.

Ya se comprende que la cultura de paz se identifica con todo lo contrario, y su amplia definición, de la forma en que la conocemos ahora, ha sido tratada

negar que las costumbres y hábitos instaurados y enraizados en la cultura latinoamericana, protegen la reproducción del actuar violento, directo o estructural o de cualquier tipo.

¹⁵ La autora hace referencia a la existencia de una cultura de la indiferencia contra la cual también se debe luchar en el proceso de instauración de una cultura de paz.

por investigadores que se especializan en el tema de la paz desde inicios del siglo XX. Su concepto, en primer lugar, tiene origen en 1898 en Yamusukro, Costal de Marfil, y años después es adoptado como programa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (Unesco). La aprobación de la Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz en 1999 ayudó a la difusión del término (Mayor, 2009). No obstante, los valores e ideas que componen esta compleja idea habían sido ya propuestos y divulgados por distintos pensadores. Cuando el Mahatma Gandhi afirmaba: “No hay caminos para la paz; la paz es el camino”, hablaba ya de cultura de paz.

La cultura de paz para la Unesco (2000) es una cuyos valores son la tolerancia, la solidaridad en el día tras día, la pluralidad, el reconocimiento de las diferencias y el respeto de los derechos. Empero, esta visión parte de una mirada negativa de la conflictividad, en el sentido en que está vinculada necesariamente a la prevención y solución de conflictos desde sus raíces (Unesco, 2000). A pesar de su percepción del conflicto como algo que debe ser prevenido o finalizado, la Unesco promueve la construcción de una cultura de paz que provenga de la solución a los factores económicos, políticos y ambientales que puedan generar la violencia de manera estructural, así como indirectamente.¹⁶ Justamente, la cultura de paz no solamente ayuda a promover las condiciones para que nazca la paz, sino para que la paz se mantenga y se legitime en la sociedad como opción para desarrollar las potencialidades propias, y como manera de enfrentarse a situaciones conflictivas.

Swee-Hin Toh y Virginia Cawagas (2002) modelan el concepto de *cultura de paz* de forma holística donde seis parámetros importantes giran alrededor del núcleo de la educación para la cultura de paz. Estos parámetros importantes son el desmantelamiento de la cultura de la guerra, la promoción de los DD. HH. y las responsabilidades humanas, la cotidianidad viviendo en justicia y compasión, la construcción del respeto cultural, la reconciliación y la solidaridad, la vida en armonía con el planeta Tierra y el cultivo de la paz interior.

¹⁶ En vez de transformado, como plantean otras visiones más positivas frente al conflicto que se trataron anteriormente en este mismo apartado, a las que se acoge este trabajo.

La *cultura de paz* es, en resumen, un conjunto de valores, actitudes y comportamientos que reflejan el respeto a la vida, al ser humano y a su dignidad. Un cultivo en donde se desarrollan las relaciones humanas, de manera que todas las personas lleven una vida con el alcance pleno de sus potencialidades, sin miedo a la interdependencia natural e intrínseca entre los individuos, sin miedo a las diferencias que llevan a la exclusión (Martínez y París, 2006).¹⁷

De la misma manera, para John Galtung, la *cultura de paz* es la cultura de resolución de conflictos. Bien vale la pena advertir que la cultura de paz no garantiza necesariamente la eliminación permanente de los actos violentos, pero asegura que esta violencia ya no sea legitimada ni justificada. Cuando en una sociedad existe cultura de paz, existe legitimación de los patrones de acciones pacíficas y no-violentas a la hora de enfrentar distintos tipos de conflictos en cualquier tiempo y espacio en relación con otros individuos o con la naturaleza y los seres que la componen. Para Flor Alba Romero, la cultura de paz debe ser activa, “la cultura de paz tiene que ver con la vigencia de los derechos humanos la democracia y la posibilidad de construir tejido social” (entrevista, 7 de julio del 2014). Teniendo en cuenta esto, a lo largo de este trabajo se entenderá *cultura de paz* como:

La cultura en donde la paz y la no-violencia han sido naturalizadas socialmente y por lo tanto son la respuesta obvia y legitimada culturalmente frente a un conflicto, ya sea en el ámbito micro-político o macro-político. Incluso, se irá más lejos al afirmar que no puede existir cultura de paz sin la acción política no-violenta, debido a que esta no puede ser una cultura de la indiferencia, ni una cultura de la pasividad. La cultura de paz debe ser activa, debe ser una cultura de proyección que lleve a que los individuos se pronuncien en contra de todo tipo de violencia e injusticia, debe promover el alcance de potencialidades propias, bajo un sistema con oportunidades de autorrealización, pero debe hacerlo siempre en paz y a través de medios pacíficos.

¹⁷ Este reconocimiento de las diferencias va más allá de la simple tolerancia. No basta con ser tolerante, es necesario incentivar la comunicación entre estas, es decir, no solo conformarse con vivir en las diferencias, sino conocerlas y hacerlas parte de nuestros propios imaginarios. Esto significa saber que la diversidad en pensamiento, creencia, religión, origen, cultura, etcétera, no implica una amenaza, ni debe ser causante de violencia, ni de exclusión del otro.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la cultura es modificable y que los seres humanos tenemos la capacidad de interactuar con las estructuras sociales, aprendiendo y desaprendiendo, la cultura de paz no es un imaginario inalcanzable. Esta no se construye únicamente una vez alcanzada la paz estructural. Por el contrario, es precisamente esta la que permite el planteamiento de nuevas soluciones y reinterpretaciones de los conflictos existentes que lleven a la paz estructural.

No se puede negar que el alcance de la cultura de la paz y la no-violencia puede ser más o menos engorroso, en la medida en que esté más o menos arraigada la legitimación de la violencia cultural en una sociedad, pero, del mismo modo en que cada sociedad tiene enraizada una violencia cultural derivada en conflictos específicos, cuenta también con elementos propios que pueden nutrir de manera diferente la cultura de la paz, y estos elementos deben ser identificados y aprovechados en beneficio de la transformación social.

Entra en juego la educación

Es en este punto en donde la educación juega un rol fundamental. Aquella es una práctica social en tanto “es el proceso por el cual la sociedad facilita, de manera intencional o implícita, el crecimiento de sus integrantes” (Galvis, 2000, p. 13), mediante la interacción con otros seres e individuos. Según el Ministerio de Educación Nacional (MEN), la educación es un “proceso de formación permanente, personal cultural y social que se fundamenta en una concepción integral de la persona humana, de su dignidad, de sus derechos y de sus deberes” (MEN, 2009).

Se tiene claro que la educación no solo se obtiene en las aulas, sino que se adquiere en la cotidianidad. Empero, en el presente estudio se tendrá en cuenta la educación en la Universidad, especialmente en el área superior, teniendo en cuenta que la formación de los adultos cobra importancia, en la medida en que son ellos quienes toman las decisiones en el presente que afectan nuestra realidad inmediata y quienes sientan las bases para transformaciones a largo plazo.

La educación superior, en aras de establecer un concepto que oriente la investigación, forma a los individuos como futuros sujetos políticos autónomos y como transformadores de su entorno, fomentando así la creación de nuevo conocimiento. La Universidad facilita análisis críticos e imparciales de la sociedad y sus realidades. La Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) define la *educación superior* como un “proceso que reconoce el desarrollo de la capacidad crítica, creadora y transformadora de los sujetos, así como la pluralidad de contextos, los territorios y los saberes” (2012, p. 24), desde donde se producen uno o varios proyectos de país y se garantizan la “apropiación, construcción creación y producción de conocimiento [...]” (MANE, 2012, p. 24). Ello, a través de las tres funciones de la Universidad: la docencia, la investigación y la extensión de la cultura (Rodríguez, 2000). Desde esta institución se construye y se busca el conocimiento nuevo, se crea una identidad social, se forja el compromiso nacional y se fomenta la organización efectiva.

Entonces, la actualización de conocimientos mediante la educación y el aprendizaje es fundamental, y se presenta como herramienta fundamental para lograr la paz. Especialmente, cuando dicha educación forma a la ciudadanía, pues a partir de los ciudadanos y de su compromiso se construye la paz. La Corte Constitucional de Colombia, en la Sentencia T-646 del 2011, expone que la “educación, a todos los niveles es uno de los medios fundamentales para edificar una Cultura de Paz” (s. p.). El problema de la educación para la paz no es adiestrar a los individuos, sino, por el contrario, educarlos en las diferencias profundas y liberadoras (Arapé y Rojas, 2008). Retomando el pensamiento de Galtung, Cabezudo afirma:

La educación para la paz debe articularse desde una dimensión mucho más amplia que la meramente escolar, y esta educación debe incluir el estudio, la investigación y la resolución de conflictos por vía pacífica como objetivos fundamentales en un proceso de aprendizaje integral que trasciende el ámbito de la educación formal y se convierte en un imperativo pedagógico y ético a la luz de los acontecimientos de la actualidad. (2012, p. 141)

Por lo tanto, la educación para la paz debe ser crítica-conflictual-no-violenta (Jares, 2000), y debe acercar a los estudiantes a los problemas en la construcción de una cultura de paz desde el estudio de la realidad a partir de una perspectiva micro y macro, y desde la enseñanza y la transformación social, a través de mecanismos como la resolución de conflictos por vía pacífica, el diálogo constructivo, la acción política no-violenta, la solidaridad, entre otros. Debe también, según Luis Alfonso Ramírez (Ascun, 1998), acoger los conceptos de *democracia* y *participación* desde una perspectiva de la diferencia y no desde la homogenización y la igualdad.

Es importante aclarar que existen diferencias importantes entre la educación *para* la paz y educación *en* paz. Rodríguez Alcázar (2000) hace hincapié en el modo en que ambas pueden, y deben, encontrarse en las distintas facultades y escuelas universitarias desde las distintas disciplinas, pues la paz tiene una dimensión compleja.¹⁸ La educación para la paz, por una parte, tiene que ver con el planteamiento de los problemas coyunturales socioeconómicos y culturales, de justicia y DD. HH., medioambientales, multiculturales y de equidad, así como también con la enseñanza y el estudio de los conceptos sobre la paz y los conflictos, sus metodologías, herramientas y estrategias de resolución de manera pacífica.

Por otra parte, como la educación para la paz no hace referencia solamente al contenido, Rodríguez Alcázar (2000) propone la perspectiva de la educación *para* la paz desde la estructura, es decir, la educación *en* paz. Esta hace referencia a la forma en que cualquier asignatura es impartida, a la manera en que se vive la clase, independientemente de lo que se dice. La herramienta que tiene el educador, en cualquier nivel de educación, para desarrollar prácticas institucionales no explícitas, a través de las cuales puede desarrollar el potencial de los estudiantes, es el currículo oculto.

¹⁸ El concepto de *complejidad* se entiende desde la perspectiva de un sistema general de carácter multidimensional que se constituye a partir de distintos sistemas particulares.

El *currículo* es entendido como todo aquello que el medio ofrece a los individuos como posibilidad de aprender tanto en el seno de las instituciones educativas como fuera de estas. A partir de la teoría del currículo como disciplina educacional, se propone un plan de estudio para formar a los estudiantes. Según Nerio Vilches (1991), el plan de enseñanza y estudio se compone de los perfiles y objetivos, el *pensum* o *syllabus* de las asignaturas, los programas y criterios de inducción y el régimen de evaluación. Así, se asume el currículo como un sistema dinámico que consta de un proceso de diseño y de evaluación.

Para finalizar, es necesario tener en cuenta las contradicciones desde las cuales se imparte la educación para la paz. Resulta difícil explicar los actuales niveles de violencia estructural o directa, y los distintos tipos de conflicto a nivel global y local. Por eso, el papel del educador es explicar esas contradicciones y hacerlas obvias, para que los estudiantes las enfrenten de manera crítica y no-violenta.

Precisamente, Ian Harris (1988) explica cuáles son las principales metas de la educación para la paz: a) apreciar la riqueza del concepto de *paz*; b) abordar los temores; c) proporcionar información acerca de los sistemas de defensa de cada región; d) comprender el comportamiento de la guerra; e) desarrollar una comprensión intercultural en los estudiantes; f) proporcionar una orientación para el futuro; g) enseñar la paz como un proceso; h) promover un concepto de paz que vaya acompañado de la justicia social; i) estimular el respeto por la vida; y, por último, j) abordar los problemas creados en un mundo consumido por los comportamientos violentos.

Círculo Académico de Cultura de Paz

En esta sección, a partir del cuerpo teórico que sostiene la investigación, se proponen variables (propiedades específicas) de cultura de paz que, para el campo de la ciencia política o los estudios políticos, son aquellas que se deben tener en cuenta para fomentar la cultura de paz desde la academia. Estas variables fueron modeladas en el Círculo Académico de Cultura de Paz, que permitirá identificar o proponer materias que fomenten y construyan directa o indirectamente (a través de un currículo oculto) dicha cultura de paz. Ya se

hizo, en primer lugar, un breve acercamiento a lo que se entiende por *cultura* y por *paz*, para de esta manera poder entender si las especificidades de América Latina permiten o no crear una cultura de paz propia de y para la región. A continuación se describen las trece variables propuestas, así como su pertinencia en el contexto latinoamericano.

Contextos teóricos o prácticos y marcos interpretativos de la cultura de paz

Para hablar de *cultura de paz* es necesario estudiar sus contextos y marcos teóricos. Debido a las múltiples interpretaciones que tiene la cultura de paz, se hace indispensable poner sobre la mesa sus distintas definiciones, teorías y aproximaciones que se han hecho desde los estudios de la paz al respecto.

Esto es pertinente en el contexto latinoamericano, pues como se estableció en el marco de este análisis, América Latina es una región donde predomina la violencia cultural. La alternativa frente a los distintos tipos de violencia, legitimados desde la cultura, es el establecimiento de una cultura de paz. Pero para empezar a promoverla, desde las esferas micropolíticas, es necesario estudiar su verdadero significado. Nuestra región necesita estudiar la cultura de paz de manera teórica, no desde posiciones estigmatizadoras, y para eso es necesario su estudio y su discusión.

Diálogo

No puede existir cultura de paz si no existe diálogo. Por lo tanto, el estudio del diálogo puede llevar o no a su construcción. La perspectiva desde la cual se entienda el concepto de *diálogo* influirá innegablemente en la política, por cuanto ambas están unidas por un fuerte vínculo. De acuerdo con si este diálogo se interpreta desde la perspectiva hobbesiana —como mera negociación—, o más desde la visión de Habermas —deliberación abierta—, entre otras, se interpretará al otro como diferente o igual y se buscarán acercamientos o se generarán alejamientos ante la solución de un conflicto. En el diálogo queda claro cómo se reconoce uno con el otro y cómo se interpretan las diferencias.

Es pertinente en el contexto latinoamericano porque es claro que existen distintas versiones sobre lo que es el diálogo en la región, alejadas de la perspectiva de que el diálogo no debe buscar la sumisión del otro. Desde una mirada que se acerca más a Gadamer y a Aristóteles, el diálogo debe buscar elementos comunes entre las partes interlocutoras para que ambas se reconozcan en el otro. De esta manera, estudiar y discutir sobre esta variable ayuda a que en el continente nos acerquemos a una perspectiva más positiva del diálogo. Una que permita que se lleguen a acuerdos en donde ambas partes busquen, no un punto medio de coexistencia, sino un punto de convivencia pacífica.

Reconciliación

La reconciliación fomenta la cultura de paz, en tanto esta significa dejar atrás el remordimiento que generan los conflictos y las guerras. Reconciliarse es aceptar el pasado, no olvidándolo, pero restituyendo el presente que generó tal pasado. Sin la reconciliación no hay perdón, y con rencor y resentimiento, se fomenta la cultura de la violencia a través de los sentimientos de venganza y odio.

Es pertinente en el contexto latinoamericano porque la historia de América Latina y de su pasado, indigno si se quiere, ha estado altamente cargada de violencia. La mayoría de los países latinoamericanos han estado azotados por dictaduras crueles y por grandes derramamientos de sangre. Además de esta violencia política, otros tipos de violencia han afectado a la región, dejando a sus espaldas víctimas por doquier. América Latina, a pesar de su gran potencial de confrontación, desalienador y humanístico, se ha quedado estancada en la búsqueda de respuestas a sus conflictos por su saturación violenta basada en la venganza y el odio. La reconciliación es necesaria si se quiere superar cualquier tipo de conflicto de manera perdurable y duradera, incluso los conflictos políticos.

Filosofía de la violencia

Para entender por qué es necesario el cambio cultural hacia la paz, es indispensable entender la violencia y la filosofía tras esta. De esta manera, podemos ponernos en los zapatos de los demás, beneficiando otros elementos que

componen la cultura de paz, como el diálogo, la convivencia y la reconciliación. Entendiendo qué fundamentos filosóficos hay detrás de la violencia, podremos dar un primer paso en la construcción de alternativas y de contraargumentos que favorezcan el cambio cultural hacia la legitimación de la paz.

Si bien es claro que no todos los conflictos desembocan en violencia, la mayoría de los actos violentos (de tipo directo, estructural, cultural, etcétera) provienen de una respuesta no pacífica ante un conflicto. La violencia subraya la imposición y la negación de las diferencias. Es vital el entendimiento de la violencia y sus justificaciones filosóficas, en la medida en que dan una idea de su origen y asimismo de su solución misma. En las razones que llevan a la violencia residen las respuestas pacíficas a un conflicto. Por lo tanto, si queremos hablar de *paz* en América Latina, para a partir de ahí buscar trasladarla a un universo cultural, debemos entender primero la violencia, a pesar de que esta sea una visión negativa de la paz.

Filosofía de la paz

De manera paralela, para instaurar una cultura de paz, debemos saber qué es la paz y los fundamentos filosóficos que la soportan. La legitimación de la respuesta pacífica a un conflicto en una sociedad no puede darse si la sociedad no entiende qué es la paz, y la estigmatiza de manera negativa, gracias al arraigo de la cultura de la violencia en nuestra sociedad. Es necesario estudiar y tener presentes las distintas discusiones que se dan desde la academia acerca de la paz y sus interpretaciones.

En el contexto latinoamericano, en donde existen conflictos políticos que han superado más de medio siglo, se han generado diversos estudios, investigaciones y escritos respecto a la paz y la investigación para la paz. Estudiar la paz y sus orígenes filosóficos ayudará cada vez a acercarnos más al concepto y a la interpretación positiva de dicha paz, permitiendo así que en la región se legitimen las salidas pacíficas a los conflictos. El conocimiento de las visiones desde las cuales se entiende la paz ayuda al entendimiento de distintos conflictos y al planteamiento de respuestas diferentes.

Convivencia

Una sociedad donde prevalezca la legitimación de la paz por encima de la violencia es una sociedad en la cual sus miembros conviven en armonía. Más allá de la sobrevivencia en nuestra sociedad, y más allá de coexistir con el otro, debemos convivir con él. Esto significa estar en un constante diálogo en que se reconocen y se celebran las diferencias, y además se busca aprender de la posición del otro.

En el contexto latinoamericano se ha avanzado en el reconocimiento de la multiculturalidad de la región. Sin embargo, este concepto es contradictorio, en la medida en que la multiculturalidad se queda en el reconocimiento de las diferencias y en la tolerancia. Al tolerar al otro, nos estamos parando en un punto aún lejano, donde la coexistencia es un estado de tensión que puede estallar ante la aparición del más pequeño conflicto. Para superar esto, es necesario dar el siguiente paso que va desde la tolerancia, pasa por la sobrevivencia, y desde la coexistencia, se dirige a la convivencia. Solo así, en América Latina se podrá dar un verdadero paso hacia la celebración y puesta en práctica de la multiculturalidad.

Acción política no-violenta

Esta visión implica entender el poder político como el canal a través del cual se implementan las reformas sociales necesarias y se alcanzan las reivindicaciones de distintos grupos de la sociedad. La cultura de paz no puede ser la cultura de la indiferencia y de la inacción frente a las injusticias y frente a los conflictos, todo lo contrario. Una sociedad donde predomina la cultura de paz es una sociedad en donde se participa y se lucha activamente por ideas y por su materialización, por medio de canales no-violentos.

América Latina está altamente cargada de un sentimiento de lucha, de insurgencia, en contra de las injusticias y desigualdades causadas por la violencia estructural, entre otras. Parece obvio afirmar que existen y han existido quienes luchan por valores e ideales como la justicia social, la igualdad, la participación

política, e incluso la paz, entre otros; pero estas luchas han estado fuertemente influenciadas por la legitimación de la violencia como estrategia de lucha. La acción política no-violenta toma importancia en este contexto latinoamericano en el sentido en que se presenta como alternativa de lucha para alcanzar los mismos objetivos a través de estrategias pacíficas, en el sentido activo de la palabra. Claros ejemplos de esto también se ven en nuestra región. No obstante, han tenido una respuesta violenta a cambio. Esto deja claro que ambas caras de un conflicto deberían entender qué es la acción política no-violenta.

Conflicto

La palabra *conflicto* sale a relucir distintas veces cuando se habla de *paz* o de *cultura de paz*, por lo tanto, los fundamentos teóricos del conflicto se plantean como una variable infaltable en el desarrollo de esta. La cultura de paz es, asimismo, la cultura de gestión de conflictos, por lo que su estudio teórico permite tener un mayor acercamiento a las distintas visiones de un conflicto, a su entendimiento. Es necesario aclarar que el conflicto solo es negativo en tanto se maneje de manera negativa.

Acercarse al conflicto desde la teoría genera bases conceptuales fundamentales a la hora de acercarse a un conflicto de manera práctica. Sin el conocimiento intelectual, no podremos analizar un conflicto en la realidad, debido a que las bases conceptuales nos darán herramientas de interpretación. En América Latina, dada la existencia de varios conflictos, cada uno de distinta naturaleza, se hace indispensable tener buenas bases teóricas, y asimismo ayudará a la hora de plantear soluciones, transformaciones o gestiones. El conflicto es el potencial del cambio, y es preciso entenderlo para manejarlo desde una perspectiva positiva que derive en el cambio y en la creación y no en la violencia y la destrucción.

Entendimiento de un conflicto en específico¹⁹

Entender un conflicto en específico, sus causas, sus dinámicas, sus metodologías, etcétera, es necesario, pues de este se aprende en la práctica cómo se gestiona, se transforma o se soluciona. De un ejemplo concreto se pueden aprender valiosas lecciones a través del construir intelectual, en la construcción de la paz.

Al analizar y entender un conflicto en concreto, se plantean preguntas fundamentales, o se da un acercamiento a respuestas frente a inquietudes como democracia, justicia, paz, reconciliación, perdón, sistema político, negociación, Estado, diálogo, etcétera. De manera que acercarse a un conflicto en la práctica aviva el debate frente a distintas cuestiones que desde la academia deben ser puestas en discusión, para que a partir de ahí se genere nuevo conocimiento que ayude a la construcción de paz y a la finalización de la violencia en América Latina.

Perdón

El perdón es indispensable —dejando claro que este no es sinónimo de olvido— en la construcción social de una cultura de paz. Solo con el perdón se puede entablar un verdadero diálogo cuando existe un conflicto, ya sea violento o no, se puede ceder y llegar a acuerdos, se puede interpretar de manera propositiva el pasado y se puede construir una paz sostenible en el futuro. Este va de la mano con la reconciliación, por cuanto sin el primero, no se logrará la segunda.

La paz supone la redención de culpas de todos, es admitir que todos los actores de un conflicto contribuyen a este y a sus consecuencias. Es por eso que los mismos actores cumplen un papel fundamental en la búsqueda del perdón en aras de alcanzar la reconciliación. América Latina necesita del perdón para

¹⁹ En cuanto al estudio de dicho conflicto en general, o de sus actores, las dinámicas de la guerra, las dinámicas de la paz (víctimas, movilizaciones y protestas), así como estudio o aproximaciones al posconflicto.

superar las vicisitudes que ha tenido que enfrentar de manera segura y duradera. Es una variable innegable en las etapas de posconflicto.

Víctimas y memoria

Por un lado, el reconocimiento de las víctimas que genera un conflicto que se ha tratado con violencia es un primer paso en la búsqueda de soluciones a tal situación. Hasta que no se reconozcan y se reparen a los afectados en una situación de violencia, no se podrá generar el perdón y la reconciliación necesarios en la construcción de una cultura de paz. Por otro lado, la memoria permite que no se caiga en el olvido y que el recuerdo de las consecuencias negativas de la violencia sea un impedimento para que dicha violencia se repita en el futuro.

Estas variables tienen pertinencia en el contexto latinoamericano, pues no se puede negar su pasado y presente violento, si se busca que la región se mueva en una dirección de legitimación de la paz como método para enfrentarse a los conflictos. Con el mal manejo que se le da a los conflictos que han derivado en violencia, han aparecido millones de víctimas. Si se identifican y se genera un acercamiento a ellas como una prueba histórica de que la violencia no sirve como gestora de conflictos, nos encaminaremos al alcance de una paz duradera y estable.

Derechos humanos

El conocimiento, respeto y garantía de los DD. HH. hace parte de los valores de una sociedad en donde la cultura predominante sea la de la paz. Estos derechos fundamentales garantizan que los seres humanos alcancemos todas nuestras potencialidades, sin obstáculos ni negaciones, característica importante en la cultura de paz.

Como se estableció anteriormente, y reiterándolo nuevamente, América Latina es una región en donde predominan distintos tipos de violencia. Esto tiene como resultado que existan graves violaciones a los DD. HH. Es por eso por

lo que el estudio de estos es un paso necesario en la generación de una nueva sociedad en paz. América Latina necesita estudiar los DD. HH. con el fin de identificar hacia dónde se deben dirigir sus sociedades.

Democracia

En esta investigación se hace hincapié en que no puede existir cultura de paz si no es en un sistema democrático. Ningún sistema autoritario permite la realización del cultivo de valores que haga posible legitimar la paz culturalmente. Por eso, acercarnos a las distintas perspectivas e interpretaciones de la democracia es un paso fundamental en el direccionamiento de una sociedad hacia un sistema más justo.

Para alcanzar una democracia donde se fomente la paz y la cultura de paz es necesario estudiarla y discutir los planteamientos que alrededor de este concepto se generan. Por lo tanto, los distintos modelos de democracia que se pueden ver en el continente deben servir como herramienta para analizar desde una perspectiva intelectual, cuál es el mejor camino por seguir en la construcción de una sociedad justa en donde todos y todas participen de manera equitativa.

De dichas variables se plantea el Círculo Académico de la Cultura de Paz (figura 1) para sintetizar lo que, para este estudio, es indispensable fomentar desde la educación en la disciplina de los estudios políticos. Este modelo está inspirado en el modelo integral de educación para la paz propuesto por Abelardo Brenes (2004) en donde se proponen los valores que se deben tener en cuenta en la educación para la paz. La diferencia yace en que el Círculo Académico de la Cultura de Paz hace referencia a las variables que desde los estudios políticos constituyen una manera de construir y fomentar cultura de paz en los estudiantes.

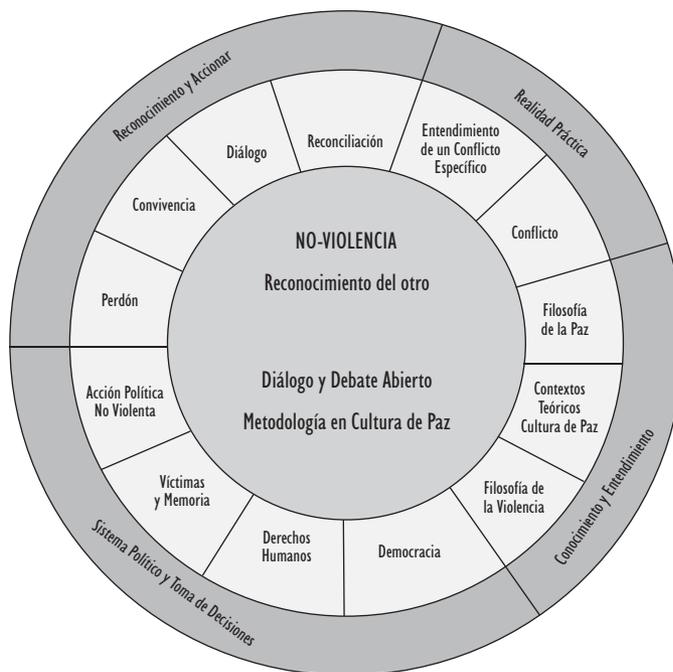


Figura 1.
 Círculo Académico de Cultura de Paz

Fuente: elaboración propia.

Las variables propuestas en este estudio tienen una relevancia clara en el contexto latinoamericano, que es el núcleo básico que se propone. Configurar a América Latina como el centro asegura que la construcción de cultura de paz se realice en respuesta a las necesidades básicas de la región. Igualmente, las variables se organizan en cuatro grandes enfoques importantes que se deben tener en cuenta desde las asignaturas dictadas en las maestrías en ciencia política o estudios políticos.

El *conocimiento y entendimiento*, donde se permite aproximar de manera crítica y reflexiva al estudiante a las variables de la paz, la violencia y la cultura de

paz; el *reconocimiento* y el *accionar*, en donde se da prelación a las variables de acción, ya sea en el ámbito micropolítico o macropolítico; el *sistema político* y la *toma de decisiones* desde donde se busca la reflexión sobre el ámbito macropolítico y la discusión de cómo la paz entra a jugar un papel importante en el sistema político; y la *realidad práctica*, desde donde los estudiantes pueden aplicar los conocimientos teóricos a la práctica, cerrando la brecha entre teoría y realidad.

Ya sea que una asignatura se pare en todas las variables, o solo en una, estará contribuyendo en mayor o menor medida a la construcción de una cultura de paz desde la disciplina política. El núcleo también lo compone el currículo oculto, debido a que no interesa a qué variable se esté refiriendo una asignatura si esta no promueve los valores de la no-violencia y el respeto por el otro, a partir de la metodología del profesor y de la promoción del diálogo abierto entre estudiantes.

Consideraciones finales

Es importante proponer nuevas maneras de acercarse a la creación de cultura de paz desde la educación para generar cambios en nuestra realidad. No es suficiente analizar el contenido de un programa cuando hablamos de educación para la paz. Alfonso Fernández Herrería (2000) propone la perspectiva de la educación *para* la paz desde la estructura, es decir, la educación *en* paz. Esta hace referencia a la forma en que cualquier asignatura es impartida, a la manera en que se vive la clase, independientemente de lo que se dice. En este análisis se propuso el estudio del contexto latinoamericano como núcleo básico para los estudios en paz desde los estudios políticos, que se planteó en el Círculo Académico de la Cultura de Paz.

Este modelo permite configurar a América Latina como el centro, y esto asegura que la construcción de una cultura de paz se realice en respuesta a las necesidades básicas de la región. Igualmente, las variables se organizaron en cuatro grandes enfoques importantes que se deben tener en cuenta desde las asignaturas dictadas en las maestrías en ciencia política o estudios políticos.

Por lo tanto, se llegó a la conclusión de que los estudios políticos deben estar encaminados a reflexiones en el ámbito de la cultura de paz. Sin embargo, aún falta mucho camino por recorrer. La academia, y en especial los estudios políticos, deben garantizar su interés en el tema de la paz de manera no reactiva, sino permanente, con el objetivo de durar en el tiempo y fortalecerla para el establecimiento de una cultura de paz. La academia debe actuar de manera proactiva y sostenida.

Bibliografía

- Aguilar, I. (2009). *Apuntes sobre cultura de violencia y cultura de paz*. Guatemala: Centro de Investigación para la Paz.
- Arapé, E. y Rojas, L. (2008). Estudiantes: comunicación y cultura de paz. *Orbis. Revista Científica Ciencias Humanas*, 4(11), 30-71.
- Barrio, J. M. (1997). *Positivismo y violencia: el desafío actual de una cultura de la paz*. Navarra: Eunsa.
- Battelheim, B. (1982). *Educación y vida moderna*. Barcelona: Crítica.
- Belandria, R. et al. (2011). Apuntes sobre la aplicación de la teoría y la praxis curricular a la formación en comunicación y cultura de paz. *Orbis. Revista Científica Ciencias Humanas*, 6(18), 187-207.
- Cabezudo, A. (2012). Educación para la paz: una construcción de la memoria, la verdad y la justicia. Desafío pedagógico de nuestro tiempo en América Latina. *Ciências Sociais Unisinos*, 48(2), 139-145.
- Cante, F. (2007). *Acción política no violenta: una guía para estudiosos y practicantes*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Basta ya: memorias de guerra y dignidad* (Informe General). Bogotá: autor. Recuperado el 10 de enero del 2014 de <http://www.centrodehistoriahistorica.gov.co/micrositios/InformeGeneral/descargas.html>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (2013). *Panorama social de América Latina*. Santiago de Chile: autor. Recuperado el 10 de septiembre del 2014 de http://www.cepal.org/cgi-bin/getprod.asp?xml=/publicaciones/xml/9/51769/P51769.xml&xsl=/publicaciones/ficha.xsl&base=/publicaciones/top_publicaciones.xsl#

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). (2014). *Estudio económico de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: autor.. Recuperado el 10 de septiembre del 2014 de http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/2/53392/P53392.xml&xsl=/publicaciones/ficha.xsl&base=/publicaciones/top_publicaciones.xsl
- Colombia. Corte Constitucional. (2011). Sentencia T-646. Recuperado el 10 de junio del 2013 de <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2011/T-646-11.htm>
- Cortés, A. (2007). *Cultura de paz publicidad institucional: el Estado en el fomento de la cultura de paz a través de la publicidad televisiva*. Jaén, España: Alcalá.
- Cussó, J. (2014). *Acto de inauguración*. Presentación en el II Congreso Edificar la Paz en el Siglo XXI, Bogotá, Colombia.
- Fisas, V. (1998). Una cultura de paz. En V. Fisas. *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Barcelona: Icaria/Nesco.
- Galtung, J. (1996). *Peace by Peaceful Means: Peace and Conflict, Development and Civilization* Vol. 14. Londres: SAGE Publications.
- Galtung, J. (1997). *Manual para el entrenamiento de programas de las Naciones Unidas*. Naciones Unidas.
- Galtung, J. (2004). *Violencia, guerra y su impacto: sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia*. Recuperado el 10 de junio del 2013 de <http://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>
- Galvis, M. (2000). *Manual de metodologías para la promoción de la cultura de paz, la convivencia y el respeto por la dignidad humana*. Bogotá: Corporación Escuela Formación de Ciudadanos Siglo XXI.
- Guadarrama, P. (2006). *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna*. Bogotá: Magisterio.
- Harris, M. (1988). *Peace Education*. Jefferson, NC: McFarland.
- Jares, X. (2000). *La educación para la paz en el umbral del nuevo siglo: retos y necesidades*. Universidad de A Coruña-Educadores pola Paz-Nova Escola Galega.
- Lederach, J. (2000). *El abecé de la paz y los conflictos: educación para la paz*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Martínez, V. y París, S. (2006). Nuevas formas de resolución de conflictos: transformación, empoderamiento y reconocimiento. *Revista Katálysis*, 9(1), 27-37.

- Mayor, F. (26 de octubre de 2009). Cultura de paz: ha llegado el momento [Mensaje en un blog]. Recuperado el 10 de Junio de 2013 de <http://federico-mayor.blogspot.com/2009/10/cultura-de-paz-ha-llegado-el-momento.html>
- Mesa Ampla Nacional Estudiantil (MANE). (2012). *Exposición de motivos de una nueva ley de educación superior para un país con soberanía, democracia y paz*. Bogotá: autor.
- Ministerio de Educación Nacional (MEN). (2009). *¿Qué es la educación superior?: el sistema educativo colombiano*. Recuperado el 10 de junio del 2013 de <http://www.mineducacion.gov.co/1621/article-196477.html>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). (2000). *Movimiento mundial para la cultura de paz y la no violencia*. Autor.
- Patfoort, P. (2004). *Erradicar la violencia: construyendo la no violencia*. Buenos Aires: Lumen.
- Popovic, S., Milivojevic, A. y DjinoVIC, S. (2009). *Non Violent Struggle, 50 Crucial Points*. Belgrado, Serbia: Centre for Applied NonViolent Action and Strategies Canvas.
- Ramírez-Orozco, M. (2012). *La paz sin engaños: estrategias de solución para el conflicto colombiano*. México D. F.: UNAM-CIALC.
- Rodríguez, J. (Ed.). (2000). *Cultivar la paz: perspectivas desde la Universidad de Granada*. Granada, España: Eirene.
- Romero, F. (2011). *La convivencia desde la diversidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Dirección Nacional de Bienestar.
- Salguero, J. y Seva, J. (2003). *Educar para la paz, el caso de un país dominado por la violencia: Colombia* (tesis de doctorado inédita). Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.
- Sánchez, M. (2012). Empoderamiento y responsabilidad de la cultura de paz a través de la educación. *Ra-Ximhai*, 8(2), 127-158.
- Toh, S. H. y Cawagas, V. F. (2002). A holistic understanding of a culture of peace. Ponencia presentada en el APCEIU Expert Consultation en EIU, Fiji.
- Vilchez, N. (1991). Diseño y evaluación del currículo. Fondo Editorial Esther María Osses. Colección Ideas y Pensamiento, 2, 173.
- Webel, C. y Galtung, J. (2007). *Handbook of Peace and Conflict Studies*. Nueva York: Taylor & Francis.